

■ CORAL AGUIRRE

Cuando la vida sucede el encuentro sucede y cuando se ponen en cuestión los alcances de lo humano y se reflexiona sobre la experiencia como vía de transformación a causa del conocimiento que ella conlleva es difícil describir los hechos y comunicar lo que está detrás de esta cita, de este convivio.

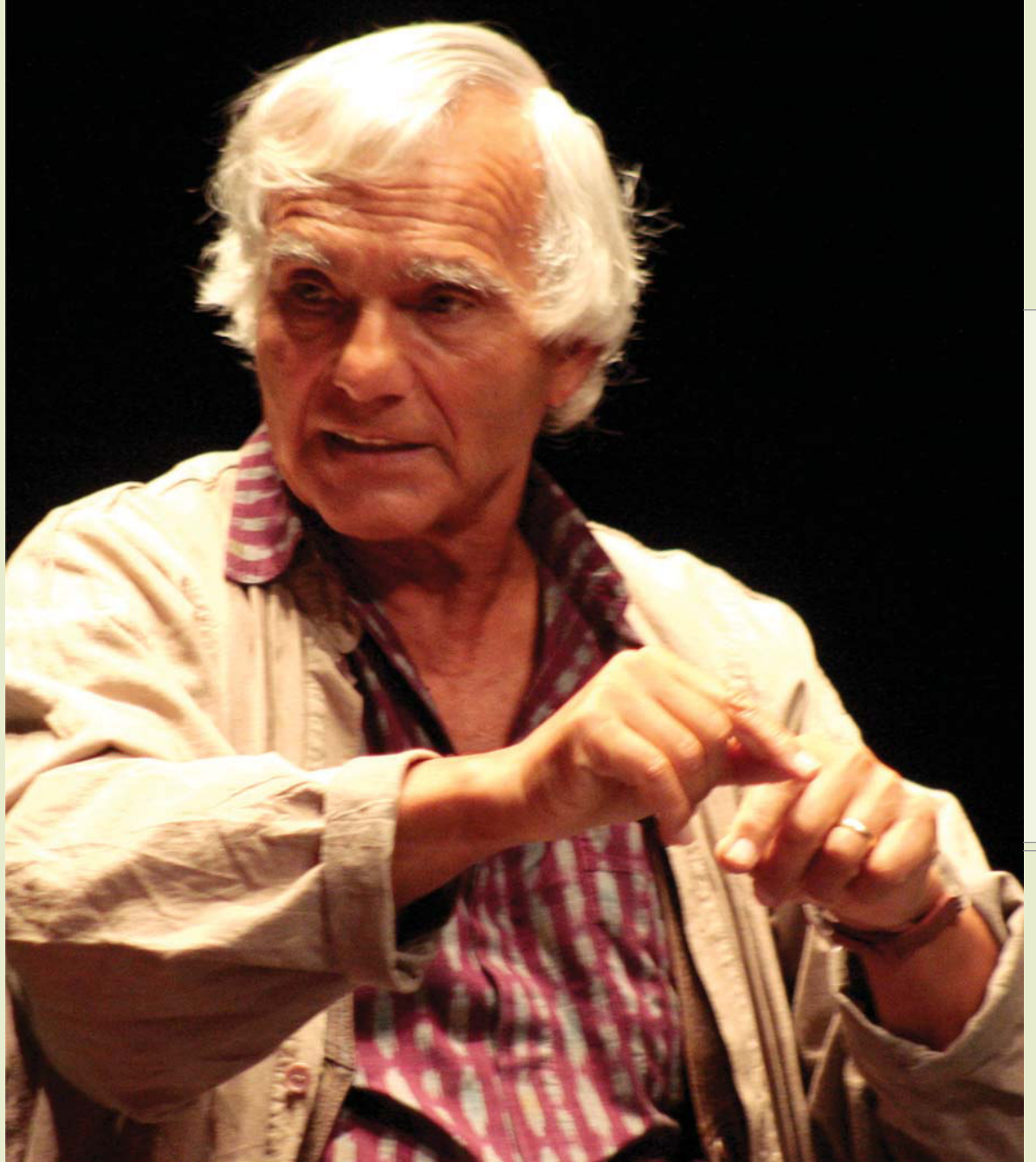
Hubimos de andar en primer lugar por las voces, sonidos, resonancias y timbres que Julia Varley hizo sonar para nosotros en un acto de revisión entrañable de su propia índole de artista. En los ecos de esos sonidos y silencios de los que estamos hechos pudimos hallar la risa y las lágrimas, el asombro y las perplejidades de nuestra propia índole más íntima. Así sonaron a nuestros oídos voces antiguas y voces extrañas, curioso tejido sonoro por el cual fuimos todos conmovidos. El regalo fue suntuoso por la carga de humanidad frágil y no obstante poderosa que contenía. Difícil comunicar con palabras el don. La experiencia se nutre de la vida misma no de los discursos que la narran.

Muchas veces en el origen de un camino creador hay una herida

Esta proposición de Eugenio Barba causó honda impresión en la pléyade de jóvenes, hizo un gesto de risa y viéndolos así declaró que todos aquellos que nos vamos por las vías del arte “estamos faltos de algo, huimos de algo”, señaló. Cada uno de los presentes, seguramente por un instante, se fue por los andares íntimos y descubrió el pasaje por donde llegó al teatro. También nos propuso la revisión de los reformadores Stanislawski, Meyerhold, Appia, Artaud y más tarde Grotowsky y Brook, los grandes visionarios del teatro que hoy colman nuestras alforjas.

“Creo que los reformadores europeos –los rebeldes y los heréticos como Stanislawski, Meyerhold, Craig, Copeau, Artaud y Brecht– han sido creadores de un teatro de la transición. Sus vidas y sus obras demolieron los modos de ver y hacer un espectáculo y establecieron nuevas relaciones con el espectador estimulando una nueva conciencia de su arte como agente político, ético y espiritual. Han inyectado un valor y un significado a la cáscara de entretenimiento de nuestro oficio.”

De un modo raro nos atrevimos a advertir que allí frente a nosotros se erguía uno de ellos, un sobreviviente, un creador del siglo XX, y al hacerlo sentimos que había depositado en nuestras manos la herencia. ¿Cuál



herencia? Difícil percibirlo desde la razón. Estaban sus gestos, resonaba su voz, veíamos su caminata de izquierda a derecha y luego de derecha a izquierda y en ese ir y venir, por momentos molesto, se manifestaba el fuego que lo quema cada día y contagiados pudiera quemarnos a nosotros.

Mis palabras son como humo y es mi cuerpo el que se quema

No lo dijo pero está escrito en *Elogio del incendio*, discurso que hiciera cuando recibió el título de doctor *honoris causa* en 2008 por parte del Instituto Universitario Nacional del Arte en Buenos Aires.

Si con *El eco del silencio* los estudiantes de teatro vieron con asombro hasta qué punto Julia Varley daba rienda suelta a su generosidad de artista y ofrecía un camino posible para todo el aprendizaje de la voz a través de los propios ejercicios que fue desmenuzando ante sus ojos y sus oídos, con Eugenio Barba la ceremonia del regalo prosiguió.

En ambas exposiciones se podía percibir la obstinación con la cual cada

artista se había entregado a su profesión. El contagio que ello provocó en cada uno de nosotros seguramente quedará en nuestra memoria y nuestros actos a lo largo de los días. Quizá olvidemos ciertas circunstancias o ciertas frases pero de lo que no hay duda es de la huella. Palpar la dimensión de un acto de amor hacia el teatro pero sobre todo a sí mismo y sus semejantes en este mundo que pareciera haber perdido el rumbo de lo humano es cuestión mayor para un público joven y tan necesitado de paradigmas.

Recojo entonces un poco al azar las reflexiones en que vino a dar este encuentro teatral. Dicen las voces que con ellos percibieron el tiempo como zona de amor y dedicación inalienable para quien quiere ser artista. Dicen las voces que el tiempo se rompió y uno solo emerge fuerte e íntegro: el de hoy, ahora, aquí, el del teatro, un siempre que siempre es presente. Y dicen también la necesidad del contacto personal, único, el esplendor del encuentro, del *tú* y *yo* en donde nos sumergimos, por eso poquitos –dicen–, cada vez poquitos, para que sea más intenso el momento y no las grandes

El lunes 6 de septiembre la Escuela de Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL, con el apoyo de CONARTE, presentó en el escenario del Teatro de la Ciudad el espectáculo-demostración *El eco del silencio* de Julia Varley y la conferencia magistral de Eugenio Barba.

Eugenio Barba y Julia Varley en Monterrey

multitudes. El teatro no puede con ello tampoco lo quiere: tiene que ser de persona a persona, cerquísima, para poder ser tocados, esto es, conmovidos. Y dicen más comprender por qué si el mundo necesita doctores y científicos, técnicos y constructores, esta ocurrencia de hacer teatro va muy lejos, va más allá de lo percedero, más allá incluso de nuestras cortas vidas, nuestros débiles deseos y nuestras preocupaciones domesticadas por lo inmediato. Dicen las voces que a sus ojos fue resignificada la profesión de actor puesto que hacer teatro es soñar con los ojos abiertos.

“Se trata más que nada del deseo de reencontrar una sensación de plenitud, una integridad perdida. Para encontrarse a sí mismo es necesario medirse con el *otro*, el *otro* en nosotros mismos o el *otro* que está fuera de nosotros”, dijo Eugenio.

Se tranquilizaron las expectativas. Resulta –dicen las voces– que entendimos que el teatro no es efímero como parece serlo porque Eugenio soñaba frente a ellos con los propios paisajes interiores, los actores, los grupos y las puestas que le habían dejado “la picadura de un escorpión”, ese deslumbramiento misterioso que uno se lleva a la casa sin saber bien todavía lo que le ha sido dado. Resulta –insisten– que nos dimos cuenta que un acto teatral puede ser tomado por el espectador y silenciar el olvido al que lo



destina su efímera presencia porque se lo lleva en el corazón para siempre y rematan líricamente.

Entonces –dicen– hay una opción maravillosa en el acto teatral: la posibilidad de encontrarse con el *otro*.

Sin embargo, la lección –dicen las voces– va más allá: se trata de no traicionar esos sueños locos que uno tiene cuando es joven y está entero, ese asunto del asombro de la vida junto con la disciplina más férrea para no perderse.

He recogido los reportes, leo acá y acullá. Me regocijo y pienso junto con uno de los “testimoniante” que el teatro borra las barreras del idioma para hallar otro modo de ser más humano. Lo prueba Julia Varley con su extraña riqueza fonética y asimismo viajó Eugenio Barba al relatar en su escrito sus propias imágenes como la del señor árabe procedente de Jerusalén y encargado del hostel de París en el barrio de Clichy que en francés le contó cómo llegó a la ciudad o la ocasión en que pudo regatear en el mercado egipcio de Estambul en

español mientras el comerciante lo hacía en turco o bien el niño de dos años con quien se puso a jugar sin hablar el mismo idioma, o cuando asistió al llanto de una señora al escuchar una canción en español. Lo prueba Eugenio Barba con su acento italiano y sus modismos que abarcan el mundo entero. Un hilo nos une –escribe Óscar– el testimoniante más allá de las palabras y quizá, quizá, un hilo tan viejo que viene de antes del lenguaje, pienso yo.

Barba comenzó su conferencia con una pregunta: ¿Cuál es el valor del teatro? Para confesar: “He experimentado el teatro como emigración”.

El teatro, ese campo, como todo el arte, donde uno es de otra parte. Donde más allá de la postulación racionalista se genera un discurso que se hace cargo de lo que no tiene razones, quizá el discurso del amor que se articula en los polos pasionales del sujeto, en esa área de la experiencia de lo particular, de lo minúsculo, es decir, donde se trabaja con los restos, los restos humanos tan escamoteados en el presente.

En este mundo y en esta época haber emigrado o ser de otra parte significa ponerse a hablar en nombre de la experiencia en contra del archivo, hacer presente la memoria y rechazar la fraudulencia del museo, de la exposición, de los anales y las enciclopedias: volverse testigo y testimonio de sí mismo y de los otros en el mero aquí que permanece, lo cual lo vuelve más migrante pues da testimonio de una experiencia sabiendo que no todo puede decirse y por lo tanto renunciando al pensamiento totalizante y totalitario.

Quizá también por eso Eugenio Barba se niega en esta sesión al video, a las grabaciones y a las fotos.

Dice el pensador Giorgio Agamben quien es compatriota de Eugenio Barba: “Desde este punto de vista resulta particularmente instructiva la visita a un lugar de peregrinaje turístico. Frente a las mayores maravillas de la Tierra (por ejemplo: el Patio de los Leones en la Alhambra), la aplastante mayoría de la humanidad se niega a adquirir una experiencia: prefiere que la experiencia sea capturada por la máquina de fotos”.

Mucho más ha quedado en nosotros de esta visita pero consideramos que es personal e íntimo. La experiencia es intransferible, ya lo sabemos.

La imposibilidad de captarlos en fotos de guardar a Julia Varley y Eugenio Barba en archivos nos ha vuelto más celosos de aquello que ha sido depositado en nuestra más honda existencia. Con certeza podemos aventurar que si al cabo del tiempo hemos de perder las palabras, las frases y la entonación de sus propias voces lo que ha de quedarnos tendrá que ver con el modo de hacer teatro, de ser actores, artistas y por sobre todas las cosas quedará en el modo en que nos hemos vuelto personas.